

ALONSO DÁVILA, Isabel (coord.), *Plaza de los Lobos 1968-1977. Memorias de estudiantes antifranquistas de la Universidad de Granada*, Universidad de Granada, Granada, 2024, 265 pp.

Conocer el final del franquismo y arranque de la transición es tarea obligada, un deber de memoria. Utilizamos fuentes de todo tipo, pero en cuanto al antifranquismo estudiantil las fuentes orales, imprescindibles para iluminar la percepción, no suelen ser centrales, salvo excepciones autobiográficas, ligadas a formaciones políticas y partidos concretos. Sin embargo, en *Plaza de los Lobos* la voz directa de los protagonistas, la rememoración de actuaciones de oposición de alto coste personal, son su objeto preciso. Arrancando del «*día aquel en que cambió mi vida*» —como una de las autoras llama a su reflexión—, cinco mujeres y ocho varones, estudiantes universitarios represaliados en Granada entre 1968 y 1977, relatan sus vivencias contra el olvido y como sustituto, acaso, de una reparación que no llegó. Otros previos ejercicios de memoria recogen esa voz: Martínez Foronda, *La cara al viento* (2012); G. Alcantud y A. Pérez, *París no fue una fiesta* (2019); I. Alonso Dávila, *Como un pulso* (2020). También Carmen Morente escribió del estudiantado granadino, afianzando una red solidaria, poco común, que ayuda a sustentar acciones de la UG en su programa «Memoria Democrática».

*Plaza de los Lobos* es una narración coral en torno a la lucha y represión en los años finales del franquismo, asentada en la voluntad política de reafirmar valores democráticos. (Uno de los intervinientes deja caer que no entiende las «conversiones» ...). Pero, como dice Alcantud, no abundan entre nosotros relatos testimoniales de los combates por la democracia, relatos que resultan ser precisos para *sanar* el tejido social desgarrado por autocracias y dictaduras. Los estudiantes enfrentados a Franco vivieron en persona la violencia y crueldad del régimen, como tantos trabajadores en la lucha política y social.

Se da cuenta, así pues, de la violencia física y psicológica desplegada en los calabozos de «comisaría» de la granadina Plaza de los Lobos (aunque uno de los autores, Arturo González, los identifica, con precisión, como sede de la Jefatura Superior de Policía, en la limítrofe calle Duquesa, desbaratando un «guiño» que pervive en la memoria colectiva y el sentir popular). Cada relato llevará a los lectores a comprender cómo fue la universidad donde los estudiantes entendieran claramente —sin darse cuenta apenas— que su país podría cambiar con su concurso hacia algo diferente, «libertad» y democracia. Agradeciendo a veces al profesorado su ayuda, los relatos de vida aquí reunidos revelan preocupación (vista desde el presente) por sus familias, la madre especialmente. Siempre la cárcel iba a ser alivio del calabozo: si brutales las palizas policiales, peor la Brigada Político-Social...

Los editores ordenan los relatos cronológicamente, para mostrar la evolución de lo vivido y dar cabida a formas matizadas de experiencia. Desfilan nombres

del campo de las Humanidades y el magisterio: el arabista Bernabé López García, manifestándose contra un acto de «desagravio» religioso, en febrero de 1968, con los términos de «Libertad» y «No». Segunda detención, por defender los Derechos Humanos... Entre informaciones de la policía, encontramos por vez primera un dato a retener: la incautación de libros, casi todos los pocos libros poseídos... Enseguida, José María Alfaya recuerda cómo no era preciso militar en el PCE para pecar de antifranquismo: bastaba con apuntarse al Cine Club Universitario. Por carambola, ello causó su primer encierro en el calabozo, convirtiéndose en «desafecto al régimen», pero hubo «buena suerte» al encontrarse, una vez, con un «maltratador desgano», un tibio... A su vez, Arturo González Arcas escribe sobre las memorias personales, sobre la fragilidad de los recuerdos y la necesidad de contrastarlos con documentación y, más aún, situarlos en el espacio real. Y argumenta a favor de hacer de la Jefatura —ahora edificio universitario— un archivo de expedientes policiales.

Siguen tres relatos de mujeres: Socorro Robles, Juana García y Lola Parras. Las tres hicieron, en cursos sucesivos, Filosofía y Letras, bien Historia o Filología. Su facultad fue la más combativa y, en consecuencia, más represaliada. Socorro comenzó en 1968-69, viendo cómo el ambiente universitario le cambiaba la vida. Un mundo «donde todo parecía posible», transformándose ella misma junto al entorno, comunista y feminista a la vez. Inició su peregrinaje al suspenderse el artículo 18 del Fuero de los Españoles, en diciembre de 1970. Cuidadosamente teje Juana también aquellos días que *cambiaron su vida* y labraron su educación política y sentimental: la detención, los interrogatorios, el sufrimiento físico y moral, la firmeza en resistir... E introduce otros personajes del arco represivo, también el padre: «El juez es un policía más. Nos interroga. Nos carea. Denunciamos los golpes, ni caso. Pasamos mucho tiempo allí. ¿Cuánto? No sé. Mucho tiempo. Veo mi agotamiento en la cara de los demás. Hablamos entre nosotros en un susurro en cuanto tenemos ocasión. Por las preguntas del juez, sospechamos que alguien ha hablado. ¿Quién? Nadie. Nadie confiesa haber confesado». (p. 113). En cuanto a Lola Parras, incide en la opresión de la vida en la cárcel, la angustia indescriptible de la privación de libertad, la anulación de la existencia diaria. Pero ilumina su relato con el amor de su pareja, un compañero también preso, cuya comunicación aseguraba una interna política comunista, otra mujer.

El historiador de la Antigüedad Fernando Wulff había contado su historia en forma de ficción, retomándola ahora como reflexión moral sobre el dolor y la tortura física, sobre el tiempo y la espera —ansiar cambiar comisaría por cárcel—, y preguntándose, al hilo de una noticia accidental, por la experiencia íntima del torturador. El antropólogo González Alcantud, a su vez, rememora cómo su vida «quedó suspendida» en el instante de la detención, acercándonos a la experiencia del Portugal revolucionario y al pantanoso arranque de la transición, con la misma policía allí: en diciembre de 1977, detenidos unos compañeros por pedir la autonomía andaluza, sintió el pavor de que *hubieran triunfado ellos...*

Alonso Dávila elige un título transparente: «La Brigada Político-Social registraba nuestras casas. Y encontraba... ¡libros! ¡Y escritos que ponían Libertad!». Arranca de octubre de 1975 y aporta documentación de su trayectoria como represaliada, con un relato de exilio parisino extensible a otros casos de vidas partidas por la dictadura. Javier López Gijón, precaviéndose contra el recuerdo inexacto y brumoso («mejor hablar de una memoria subjetiva con pretensiones de objetividad»), vuelve sobre la toma de conciencia en la universidad, proceso de configuración intelectual y pautas de ideología y conducta, y aporta para Letras en Granada datos y sugerencias abundantes para una posterior reconstrucción.

Carmen Morente arranca del universo femenino que recibió su detención, noviembre de 1975, «día frío y radiante». Texto emotivo, atento al papel de la familia, y en el centro, la madre inquebrantable —mujer que «no pregunta ni se encomienda a nadie»—, y los médicos del hospital psiquiátrico, el «Manicomio» en que se la encerró, y donde compartió con sus «loquitas» cascos de cebolla —prohibidos—, rebeldía silenciosa. Ya muerto Franco, recibiría alta médica con hipnóticos y tranquilizantes... Los dos últimos textos, «La lechuza de Minerva» (Tomás Navarro) y «Los hijos del Salustiano» (Laureano Sánchez Perea), nos llevan hasta la incertidumbre y el desasosiego que acompañó a la desaparición del dictador, cuando el crecimiento masivo de la desafección crecía por momentos junto al desconcierto vivido entre las fuerzas represivas. En las vicisitudes personales de cada uno de ellos (dedicado al periodismo internacional Navarro, y abogado laboralista Perea) fluye rotunda la fuerza formativa de carácter democrata que conllevó la lucha estudiantil.

*Elena Hernández Sandoica*